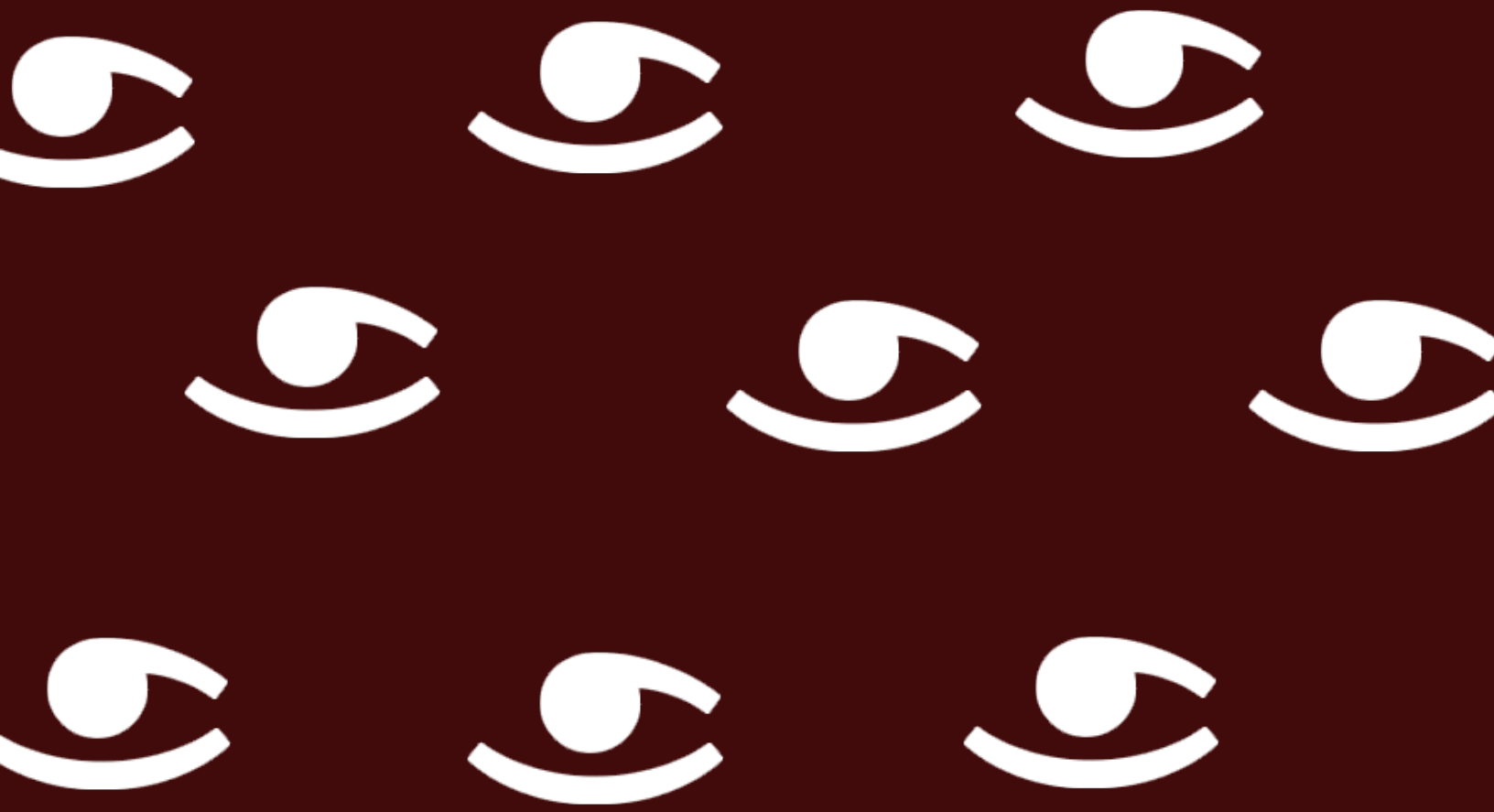
Publicación semanal
del Departamento de
Literatura

AGOSTO
17 AL 23
DE 2020



LA DISCRETA

Edición #2

Triceratops

Enviado por Lorenzo Camacho

Del borde de una heliconia, verde aún y que cuelga desanimada en un florero transparente, sale a flotar una serie de burbujas.

La madre sentada en el sofá sostiene con los labios una feijoa jugosa mientras se arregla su trenza con ambas manos y la luz de un mediodía gris reposa aburrida en todos los demás objetos de la casa.

Los metales del reloj de la casa se transforman, por obra y gracia de la virgencita de plástico que reposa encima del televisor, en un acelerador de partículas en miniatura. Como es natural, las partículas producen ecos que estallan las burbujas y le susurran al oído de la madre secretos que la hacen sentir celos como nunca antes los había sentido y soltar la feijoa en un gesto de ira desatada.

La virgencita se tambalea bullendo de felicidad por su travesura, pero lo que no espera es que el acelerador de partículas la vaya pronto a deshacer como si fuera de plastilina, aunque en realidad sea de plástico. Con la ceguera que le cause el velo derretido, tampoco verá cómo, de la furia de los celos, la madre lanzará por la ventana el televisor y todo lo que hay encima, incluyéndola. Volando por el aire, la virgencita pensará en las burbujas de antes tratando de forzar un milagro y no solo volar metafóricamente, sino de esa otra manera, pero ella sabe que así no funcionan las cosas. Su ceguera le impide focalizar la gracia divina. Acabará en el suelo aplastada.

La madre está tan obnubilada por los celos y los ecos del reloj han transformado tanto las cosas, que del borde de la heliconia brota una molotov encendida y la maraca, que había estado perdida entre el vórtice oscuro que en realidad son todos los cojines del sofá, se ha convertido en un machete y suena como si rasgara las telas. La madre desprende, cual fruto seco, la molotov de la heliconia para arrojarla al sofá. Le ha parecido que quería injuriarla, como si ella no supiera de los filos que ocultaba ahora, y el sofá grita amargamente mientras se consume, se arrepiente de su maldad y es exorcizado hasta el límite del achicharramiento.

La calle vacía con la virgencita aplastada tristemente. La madre con la trenza despeinada o su sombra a través de la ventana. El humo saliendo de allí. Los ecos del reloj/ acelerador de partículas todavía en movimiento. El machete sepultado entre los restos del sofá. La feijoa abandonada. La heliconia tratando de germinar una molotov bebé nueva con tanto esfuerzo que se le puede escuchar un gemido. Todo esto es lo que ve, percibe a través de las paredes, un triceratops que pasa por allí. Ante los hechos, decide llamar a las autoridades competentes, pero las autoridades lo enredan en una burocracia infinita. Para el momento en que le piden que llene el quinto certificado virtual de testimonios insólitos con dos fotos, fondo azul, una de frente y otra de perfil, el triceratops cuelga con su patita. Le ha quedado sonando en la cabeza la canción de espera de la oficina de reportes, se mete el celular en el bolsillo y se aleja preocupado pensando que va a montar más tarde sus quejas al respecto, en un blog personal que tiene.

Sin título

Enviado por Alejandra Caballero

¿Y qué le dirán a Manolito y a Gina cuando se enteren? Escaparnos del mundo durante dos semanas era lo que más anhelábamos hacía años y por fin parecía que la vida nos daba el chance. Fueron meses de trabajo y dedicación ahorrando para hacer este viaje a Hawái. Pero ¿por qué Hawái? Porque, ay, lo paradisíaco, ay, la lava que se escurre como leche condensada entre los volcanes. Pero ahora que un ruido punzante nos ha alejado del sueño tranquilo en el que estábamos, veo que la leche condensada de la que nos enamoramos por fotos cae como estrellas sobre la cabaña donde decidimos pasar la noche. Luces incandescentes que gotean un líquido rojo y espeso mientras se aproximan a nosotros. Las luces ahora son bolas de fuego convertidas en una lluvia de mil estrellas fugaces a fin de cuentas inútiles para ver por última vez a Manolito y Gina. Él me toma de la mano y me abraza junto a su pecho. No lloramos por irnos. Estamos juntos en este último escenario que la vida ha decidido colocarnos. Pero ellos, calculo que, en diez minutos, estarán solos para siempre. Él me besa en la frente y y me hace un

para que sonría antes de que el pesado humo nos deje sin aliento, pero ahora yo soy el volcán por donde se deslizan cosas. Avalanchas de agua salada hacen erupción desde mis ojos y yo solo puedo pensar en los de ellos. Me propone que antes de quedarnos dormidos hagamos una cuenta regresiva de los recuerdos más felices que tengamos. A ver, amor, empieza. Me hago cucharita entre sus brazos y empiezo a susurrar para que las estrellas no sepan que aún seguimos vivos.

Diez, esa noche en el que recibimos la noticia de que llegarían a casa. La primera imagen que se me viene a la cabeza es ver dos bolitas chiquititas y de ojos amarillos como luciérnagas inmortales. Dos cuerpecitos inundados de llanto que yo misma me encargué de calmar. Nueve, el día en el que les compramos un moñito azul y otro púrpura para comprobar que toda la belleza en el mundo era vana frente a sus bigotes orgullosos de combinar bien con los regalos. Ocho, el día en que nuestros amigos por fin los conocieron. Teníamos miedo de que se escondieran dentro de su caja favorita, pero contrario a todos nuestros pronósticos, se comportaron como los mínimos más cariñosos del mundo. Siete, el día en el que descubrí a Gina chupando cual oasis la cobija que me ponía sobre mis piernas para leer. Manolito no se quedó atrás. Él era nuestro gordo hermoso que chupaba a Gina mientras ella me chupaba a mí. Los tres éramos una cadena de "chupación" ambulante. Seis, las innumerables veces en las que Manolito padeció de una extraña enfermedad llamada "rasquiña de pancita". Él se rio conmigo en ese momento. Mi amor era el rascador profesional de pancitas de gatos gordos. Cinco, cuando un día abrí un cajón que casi nunca utilizábamos y Gina decidió quedarse dormida allí. En la oscuridad solo podíamos ver sus ojos de luciérnaga y desear que no se apagaran nunca. Cuatro, el día en el que descubrimos que teníamos gatitos futbolistas. Bastaba con arrancar una hoja de papel o a doblar el aluminio donde guardábamos el queso para que Manolito y Gina llegaran a nosotros ansiosos de empezar a jugar. Tres, saber que su colita era una colita orgullosa. Una colita negra, esponjada y siempre apuntando hacia el infinito. Dos, el día en el que le celebramos su décimo cumpleaños. Manolito y Gina siempre fueron mínimos saludables, incluso más que nosotros. Dos y medio, ese diciembre en el que completamos un álbum entero solo con sus fotos. Nunca tuvimos hijos, pero ellos eran nuestra compañía más amada en la tierra. Uno, el día en que nos despedimos con un deje raro de tristeza, pero con la esperanza de volver a verlos en dos semanas.

Ahora mis recuerdos están más borrosos y empiezo a perder el aliento. Me abrazo fuerte a Rodrigo mientras nos sumergimos en este mar espeso que nos cierra los ojos. Pero me queda una última preocupación, ¿qué le dirán a Manolito y a Gina cuando se enteren? ¿Que sus humanos murieron a causa de un incendio? ¿O más bien que sus humanos fueron sepultados por un millón de estrellas fugaces? Me gusta más esa. Tal vez así no nos extrañen tanto. Así cuando ellos ven una estrella fugaz tal vez vengan a visitarnos.

El ajedrez de Marcel

Enviado por Juan Daniel Pinzón

— ¿Cree en Dios?

— Creo.

— ¿Alguna vez le conté la historia del ajedrez de Marcel? Se acuerda de Marcel, era un buen muchacho, algo testarudo, pero decente. Era hijo de la señora Rubio. Se acuerda, la de pelo mono desteñido, que pareciera que la cabellera hacía un gran esfuerzo para mantener el pelo en la coronilla. Bueno, ella, la señora Rubio. Algún día le contaré la historia de ella, pero por ahora hablemos de Marcel.

Fue algún día próximo a Halloween. Dos días antes, él había conocido el placer, muy joven a mi parecer, pero así fue. El joven creció más adelantado que el resto; sus ojos miopes, sus estirados brazos y piernas le daban un aspecto poco agradable. Sabe, él nunca fue guapo, pero cuando creció empezó a parecerse más a su papá, aunque de nada le sirvió eso por culpa de la mancha roja que tenía en la cara, esa que lo volvía el diferente en la escuela. Usted sabe, la mancha, la que le cubre medio cachete. Un día, me contó la vecina de Rubio, Marcel agarró las brochas y el maquillaje de su mamá. Se dice que cuando salió de la casa era otro, caminaba derecho y dejaba ver sus amarillos dientes gracias a una enorme sonrisa. Una pasada de maquillaje con escarcha le opacaba su mancha roja. Bueno, el caso, dicen que cuando

volvió a la casa y su papá lo encontró, por un buen tiempo anduvo con dos manchas rojas en vez de una. Margarita una vez me contó que nunca volvió a ver al niño tan bonito. ¿se acuerda de Margarita? La muchacha que a veces me trae la torta todos los 20 de Julio. Tan bien educada la niña; su padre era militar, se dice que mató a más de cien, recibió medalla de honor, todo un ejemplo para la familia y el pueblo. El militar siempre tuvo la intención de que su hija se metiera con un buen tipo, eso le importaba mucho; siempre vigilaba a todos los novios de la niña. Margaro Calvo me contó que una vez mandó a uno de sus novios a un lote que tenía a dos horas de acá. Dizque el pobre muchacho volvió cinco días después y ni una palabra le dirigió a la niña Margarita.

Pero lo que más rabia le daba al militar, lo que más le enfurecía, era que el Marcel se le acercara a coquetearle a su niña. Ese chino lo más de bonito le regalaba flores, peluches, cartas. Claro que Margarita nunca estuvo interesada en él, quien lo iba a estar, pero cuando el militar se enteraba de que Marcel le regalaba cosas… dios mío bendito, lo que se aguantaba el pobre chino por esa niña. Una vez, dizque Marcel le regaló unas flores lo más de lindas, y cuando el militar se enteró, agarró al muchacho y lo obligó a comerse pétalo por pétalo al frente de la Margarita. “cuando cague rosas es cuando va a poder dirigirle la palabra a mi niña”. La señora Rubio me contó que el chino siguió comiendo rosas por cinco días seguidos después de eso.

La Margarita le guardaba cariño, nunca lo quiso, pero le tenía aprecio, ¿sabe como era? Se acuerda de Gabriel y Julián. Bueno, se acuerda que eran amigos y que un día, después de volver de un intercambio de por allá donde hablar inglés no es un privilegio, Julián llegó con la idea de que le gustaba Gabriel, que siempre lo quiso, pero hasta ahora era posible decirlo. El Gabriel quedó tonto después de eso, el chino tenía a todas las niñas bonitas encima de él. Es más, ese chino estuvo con Margarita, ¿se acuerda lo que le hizo el año pasado en la fiesta de San Mateo? Dizque el Gabriel se fue con unos primos que venían del centro a probar lo que allá estaba de moda. El Gabriel se desapareció por horas, la pobre Margarita no paraba de buscarlo, lloraba como loca. Después de cuatro horas el chino volvió con los ojos más rojos que la mancha de Marcel. ¿Sabe lo que hizo el Gabriel? Le empezó a armar el que escandalo a Margarita, que dizque siempre controlándolo, que estaba mamado de la culicagada. La pobre china se fue llorando al baño mientras el chino les contaba a sus primos con su gran risa esbelta lo que había sucedido. Después de una media hora el chino fue donde Margarita, le dio un beso tierno y se la llevó pal carro.

Ah si, y Julián, ese pobre chino detrás de Gabriel, yendo pa todo lado con él, riéndose de los chistes que contaba él, siendo la bolsa de boxeo de él. Sabe porqué Gabriel nunca le dijo que no a Julián, por que al chino le gustaba tener a alguien en su dominio. El Gabriel siempre tuvo el gusto claro por las chinas, las chinas bonitas como Margarita, pero con Julián él sentía un poder. Yo me acuerdo de ver eso, el Gabriel se quitaba la camiseta al frente de Julián y le pedía que lo masajeara. A veces hasta le coqueteaba, ese chino solo quería al Julián donde lo tenía, se sentía poderoso con él a su lado. Y claro, el pobre Julián como niño mendigo, iba siempre detrás diciendo y haciendo lo que el otro hacia. Y eso que el Julián era inteligente, ese tuvo novias y todo, pero al Gabriel nunca le importó, siempre le hacia algo que lo volvía loco. Incluso, cuando pasó lo de la pelea de Gabriel y Margarita, Julián le dijo a Gabriel que no estaba bien, que así no se trataba. Sabe que hizo el Gabriel, con su mano le agarró la nuca y con un leve empujón le acercó la cara a la suya. Lo único que distanciaba los labios del uno con el otro era el poco viento que se lograba colar entre ese callejón húmedo. “dígame, como me trataría usted si yo fuera Margarita” ese Julián quedó loco, sus labios empezaban a temblar y no pudo pronunciar una sola palabra. Gabriel lo soltó, y hecho una carcajada suave y dulce. Después de ese día Julián no volvió a criticar en ningún aspecto a Gabriel.

Bueno, algo así sucedía con Marcel y Margarita. Ese chino siempre detrás de la niña, y ella hasta le seguía el juego a veces, pero siempre con la distancia requerida para demostrarle que solo era por diversión. Se acuerda de ese Dios que usted cree creer, bueno pues, al Marcel no le quedaba otra que creer en él. Una vez la señora Rubio me contó en la panadería donde hacen el ponqué que la Margarita me trae todos lo 20 de Julio, que le dijo al chino que, si rezaba todos los días, tal vez la Margarita le prestaría atención. “Mamá, pero es que yo me quiero casar con ella” “pues rece chino, porqué solo con un milagro va a ser posible”.

Sabe lo que me contó la esposa del militar, que una vez el papá del Marcel y su esposo se encontraron en el bar de la Mula y el uno le dijo al otro que la mancha de Marcel era por el beso que le dio en la mejilla derecha Miss Trémula él día que nació. ¿Se acuerda de esa? Dizque era inglesa, pero eso tenía más cara de India que Simón Bolívar. Vino un día dizque a ofrecer un agua vendita que recolectaba de un lago cerca a su casa en Inglaterra, dizque en ese mismo lago murió un rey católico en las cruzadas, y desde ese día ese lago se volvió bendito. Eso si, ella vendió hasta que se agotó toda esa agua gris que traía. Fue luego, después de que medio pueblo se intoxicara, que entendieron que esa Miss era una hechicera. Yo lo supe desde el día que llegó, con sus tacones morados, esa malla que subía como serpiente por sus piernas y se ocultaban donde el sol no llegaba. Con esa falda que daba la idea de que era fina, pero mijo escúcheme, a mi nadie me engaña con la ropa, yo descubro que es de París, que es de Milán y que es de San Andresito, solo oliendo y escuchando como se mueven los pliegues de esa ropa. Lo raro es que no descubría de donde provenía esa falda, eso era un olor único que nunca había descubierto. Fue esa misma Miss que luego de semanas viviendo como reina por su agua mágica, fue invitada al bautizo del Marcel, ni el agua bendita lo pudo curar de el beso de esa vieja bruja. Porque eso si, escúcheme bien, yo misma fui testigo de que el niñito había nacido normalito, era lo más de lindo. Fue luego, después de que la Miss se fue a esconder, quien sabe donde, porque medio pueblo, el medio pueblo que seguía sano, fue a buscarla casa por casa con machete en mano, "maten a la bruja" "esa debe ser de los rojos, bruja asquerosa". Fue ese mismo día que al Marcel le nació esa mancha roja que ha llevado como cruz toda su vida.

¿Usted conoció al papá de Marcel? Que hombre más divino por Dios, eso si que era un hombre. Tenía todo bien puestecito, nada le sobraba ni le faltaba y claro, la señora Rubio que en esa época era una niña lo más de bonita, si usted viera esa melena que tenía, Dios mío, es que con ese pelo cualquiera caía tumbao a sus pies. Desde que llegó el papá de Marcel al pueblo, todo el mundo sabía con quien tenía que estar la Rubio, y eso que en esa época ella estaba saliendo con otro joven, un artista o algo así, un tal Paolo. Pero claro, ese chino no tenía ni media espalda de la que tenía el papá de Marcel, ese macho con esos brazos y esa espalda hacía sentir hasta al sacerdote del pueblo cosas. La boda fue enseguida, no duró ni un mes cuando la Rubio estaba en mi casa poniéndose el vestido de novia. Chino, la Rubia se veía pero espectacular, ese vestido la subió a lo más alto de los altares. A los dos meses, cuando la panza de Rubio empezó a elevarse, él papá de Marcel empezó disque con sus viajes de negocios, eso venía cada mes, después cada tres, pero fue cuando vio a su hijo con el maquillaje que solo venía dos veces al año, eso si, nunca avisaba, llegaba de sorpresa para ver si veía de nuevo a su chino pintado.

Se dice mucho del padre, todos hablan de un origen distinto, eso si, ese origen siempre está en Europa, aunque Raquel dice que él es gringo, pero eso yo no le creo. Es que ningún gringo tiene ese acento tan perfecto, tan dulce. Mire, yo nunca he salido de este charco, pero cuando me imagino a un europeo, de esos que salen en las revistas como los más churros, ay mijo, de una pienso en el padre de Marcel. Usted escuchará muchas historias sobre él, eso se lo aseguro; que fue traficante, que tenía una sed de limpiar la sangre de una india, que es un prófugo en su hogar, pero escúcheme bien, solo yo puedo decirle la verdad.

Fue en el bar de la Mula dónde lo conocí por primera vez. En esa época yo todavía me creía capaz de amarrar corazones, con canas y arrugas, pero mi figura todavía se mantenía. Y ese señor, con su vestido blanco, camisa negra y botas negras bien pulidas, me empieza a echar ojo desde la barra, obviamente yo me fui directamente a lado de él; me hice la inocente y le pedí a don Carlos una Águila.

— Esa carita no es de acá, pa camuflarse se tiene que quemar más.

— ¿Como que es común no saludar por acá, no? — su español era tan dulce, fuese como si viniese pa acá a enseñarnos a nosotros hablar —.

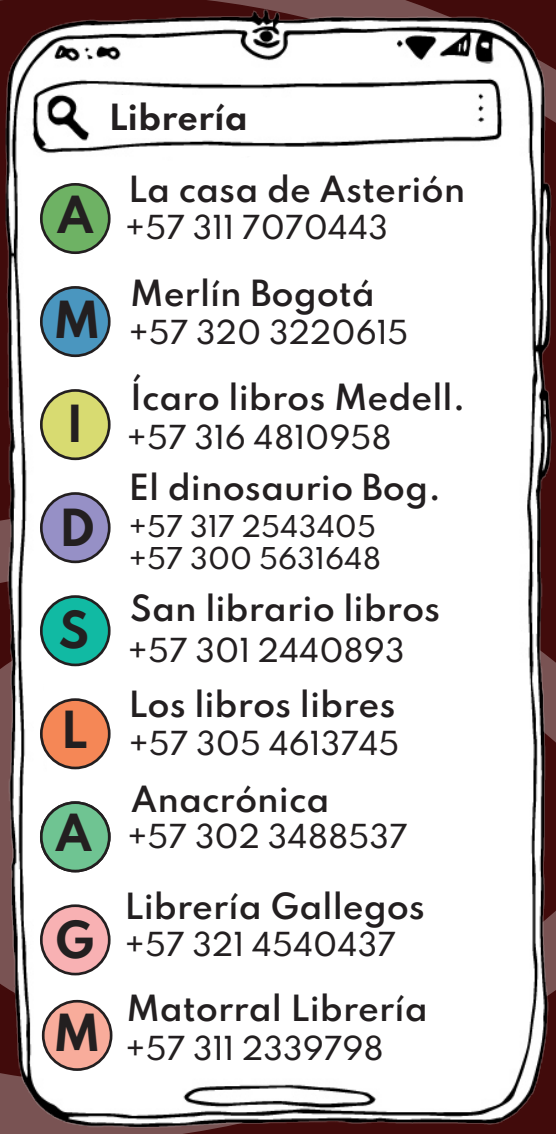
— Es de caballeros presentarse primero.

— Tiene usted toda la razón. Siéntese por favor, no esté tan tensa.

— Si me dice su nombre.

Segunda parte en el próximo número

¿Qué dice La Discreta?



Quiere compartir algunos contactos de librerías independientes

La mayoría tiene redes sociales o catálogos en línea.

Reglas del juego in-discreto

I. La publicación digital *La Discreta* circula semanalmente durante el semestre académico entre miembros del Departamento de Literatura.
II. Cualquier miembro de la comunidad puede enviar material a **ladiscreta@uniandes.edu.co** y será publicado, a menos que atente contra la integridad de alguien más.
III. *La Discreta* es un espacio informal que recibe material creativo y crítico para establecer un diálogo horizontal y literario entre las personas del Departamento, con posibilidad de respuesta.
IV. La publicación es gratuita y sin financiación.
V. *La Discreta* funciona como medio de difusión, por lo tanto no se responsabiliza directamente por las creaciones de los autores. El o la autora se hará responsable de su contenido y forma.
VI. Todo contenido debe llevar el nombre del o la autora y no puede llevar seudónimo.